

Pensamiento y nostalgia



Estamos condenados a pensar. Todo intento por librarnos del pensamiento nos remite a él y en él nos hunde, pues todo pensar que intente escapar de sí mismo no hace sino confirmar su propia condena. George Steiner (1929), literato, ensayista y filósofo que se ha vuelto imprescindible en la actualidad, nos recuerda esta condición del ser humano en su más reciente libro: *Diez (posibles) razones para la tristeza del pensamiento*. En él da cuenta de un vínculo entre el pensamiento y la melancolía. Hay entre nosotros, dice Steiner retomando a Schelling, una tristeza, una pesadumbre *fundamental*. “Hemos sido creados, por así decirlo, entristecidos”. Pero, ¿de dónde deriva esta tristeza?, ¿en qué deviene? Ya en la mitología griega se presentaba un atisbo de esta idea que subraya Steiner: Sísifo, condenado por Zeus a subir una enorme roca a la cima de una colina, sufre un castigo que no es, como pudiera suponerse, físico; su castigo es la *toma de conciencia* de una tarea inútil. Sísifo sabe que no podrá cumplir su propósito. Su verdadero martirio deriva de *saber* que su esfuerzo es infructuoso. Pensar en la naturaleza del propio suplicio es, en Sísifo, su más grande pena. La *tristitia* del pensamiento es, entonces, consecuencia no sólo de ignorar qué es o en qué consiste pensar sino en estar reducidos al propio pensamiento, maniatados a él.

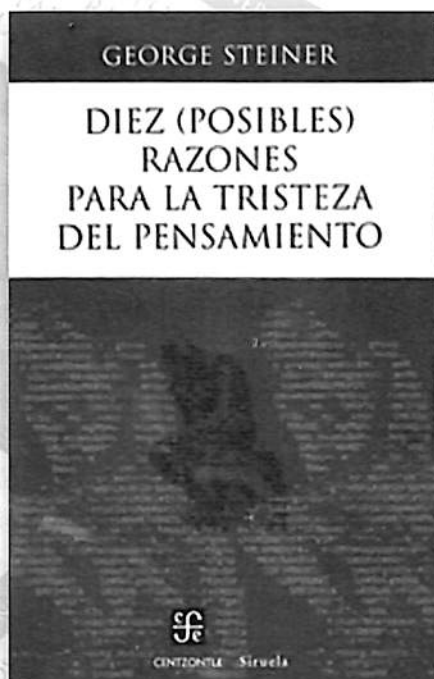
Si bien es cierto que fue Parménides quien inició la identificación del pensamiento con el ser, quien estableció este maridaje hace ya muchos siglos, es preciso reconocer que después de él nada hemos dicho. Nada sabe el

Finalmente, Steiner afirma que “el pensamiento humano parece aborrecer el vacío”. Al hombre le asusta la Nada. Este temor a la vacuidad será el origen de la civilización y la cultura. Y, así, el pensamiento —y ésta, me parece, es la idea que vertebra todo el libro— hace soportable nuestra estancia en el mundo. Empero el autor mismo, producto de sus cavilaciones, se ha ido de bruces repetidas ocasiones, de esta manera:

[...] el pensamiento, sean cuales fueren su talla, su concentración, su modo de saltar las grietas de lo desconocido, sea cual fuere su genio ejecutivo para la comunicación y la representación simbólica, no está más cerca de comprender sus objetos primarios. No estamos una pulgada más que Parménides o Platón de cualquier solución verificable del enigma de la naturaleza y de la finalidad de nuestra existencia [...] no estamos más cerca

de determinar si la muerte es o no el final, o si Dios está presente o ausente. A lo mejor incluso estamos más lejos [...] En última instancia, sin embargo, no llegamos a ninguna parte. Por inspirados que sean, el «pensar el ser», el «pensar la muerte», el «pensar a Dios» acaban en imágenes —incluso podríamos decir en una verborrea— más o menos ingeniosas, de largo alcance o ricas en recursos semánticos.

¿Qué más tristeza puede haber en un pensamiento que la de haber aprendido a reconocer su naufragio? LC



George Steiner, *Diez (posibles) razones para la tristeza del pensamiento*, México, FCE/Siruela, 2007, 84 pp.